

les entrada; mas quando traen consigo gusto, y placer, salimos al encuentro con ansia de abrazarlas, sin reparar si traen veneno, y si nuestra razon pueda con él quedar dañada, ofuscada, y vencida. Sabian muy bien nuestros antiguos la razon por que se decia *que las mugeres honestas, y sabias ni tienen ojos, ni oidos*. De esta manera ellas están guardadas de sí mismas, y logran el desarmar los esfuerzos de quien las solicita. Pero ya es hora de que pasemos á registrar, y considerar otras ruedas maestras, y muelles mas principales, que concurren á producir las acciones del hombre.

CAPITULO VII.

De la Razon.

§. I.

NO hay ciertamente nombre tan ruidoso entre los Filósofos, y especialmente entre los que tratan, y escriben la Filosofía Moral. *Razon*. Basta decir que el hombre mismo se define *animal racional, ó animal dotado de razon*, para que entendamos quanto nos importa el perfecto conocimiento de esta razon, y de las muchas, y grandes cosas que se dicen de ella, la que es, ó debe ser nuestra maestra, y directora. A su tribunal apelan todos los que de ella se hallan dotados, y el que es falto de razon se reputa por loco; y asimismo se tiene por iniquo, y merece todo castigo, y desprecio el que obrase contra sus reglas, y preceptos. ¿Pero quien no diria que hallándonos los hombres todos provistos de tan bella luz, y socorro interior, no debiésemos todos caminar por las sendas de la rectitud, y que se habia de ver un órden admirable en el comercio de nuestras acciones?

Demos, pues, una ojeada al mundo presente, que substancialmente no se distingue del pasado: registremos estos orgullosos, y soberbios animales racionales, que tan-

tanto se glorian del inestimable privilegio de la *Razon*. Si estuviese en mi mano daria de muy buena gana, aunque fuese por pocos momentos, algun entendimiento á los mismos brutos, para que pudiesen escuchar, y entender perfectamente las alabanzas, y prerogativas del hombre, y aquel excelente distintivo de que resulta la noble diferencia, y casi infinita distancia que hay entre una criatura racional, y las bestias. ¿Que envidia tendrian á nuestra naturaleza, y como conocerian en este caso la inferioridad suya respecto á nosotros! Pero si estas mismas bestias volviesen á mirar, y considerar las acciones, y costumbres de tanta multitud de racionales, que dotados de razon, obran no obstante con mucha frecuencia contra la razon misma, ó por mejor decir, obran sin razon: quanto me rezelo que su envidia pasaria con presteza á ser maravilla, y que acaso se reirian de nosotros al ver tantos que se glorian de ser hombres, pero atendidas sus acciones pueden efectivamente llamarse tan irracionales como ellos bestias efectivamente. Acaso adelantarian el discurso quando hallasen no pocos hombres, que no se contentan de parecer bestias, pero aun son mas irracionales, y peores que las bestias mismas.

Vemos en efecto, que los brutos ordinariamente siguen aquellas leyes que Dios ha impuesto á su especie, y facultad sensitiva, y que no las quebrantan; ¿pero que hacen los hombres con las leyes de su razon, y facultad intelectiva, que es propia de la especie humana? ¿Por ventura no es una verdad tan clara como lamentable el continuo quebrantamiento de estas leyes? Observamos varias especies de bestias, que se contentan con una simple comida, y bebida, y jamas exceden en una, ni en otra, quando se hallan tantos hombres, que parece haber nacido solo para su vientre: se desafian entre sí al que mas puede beber, y hartarse de comida; de manera que llegan á términos de no conocerse á sí mismos, incurriendo miserablemente

en mil despropósitos, practicando acciones indecentes, é indecorosas, que solo puede executar el que ha perdido el juicio. ¿Por ventura obran así las bestias?

Hay muchas de estas, que con modo, y parsimonia competente procuran en determinado tiempo la propagacion de su especie, guardando entre sí una fidelidad admirable. ¿Hacen por ventura otro tanto muchos de los que se llaman hombres? Asimismo encontraremos con hombres, que en la crueldad, en los engaños, en la insaciabilidad de sus apetitos, en la pusilanimidad, infidelidad, ingratitude, y otros vicios semejantes exceden á las bestias. ¿Como, pues (nos podrán decir las bestias), os gloriais vosotros, animales racionales, de este célebre nombre de la *racionalidad*, y quereis ser mas privilegiados que nosotros? Y ciertamente podrian acusarnos con mas justa razon, quando hubiese llegado á su noticia, que en el año de 1729 salió á luz en Hamburgo un libro con este título: *Quod animalia bruta sæpe ratione utantur melius homine*, esto es: *Que las bestias en muchas ocasiones usan de la razon mas bien que los hombres*. El autor es Rorario, á quien precedió Plutarco en un Opúsculo sobre el mismo argumento.

Pero dexando aparte esta ideal hipótesi, pasemos á indagar que cosa sea verdaderamente esta tan celebrada *Razon* del hombre. No es otra cosa ciertamente la razon, que aquella virtud, y fuerza que hay en el entendimiento para discurrir, ó argumentar; esto es, inferir una cosa de otra: una verdad de otra verdad: una consecuencia particular de un principio, ó máxima general. Esta facultad, ó virtud es la dote primaria de nuestro entendimiento, esencial á nuestra humana naturaleza, y la que principalmente distingue al hombre de los brutos. Por esto en todos los hombres, luego que han crecido en edad, se dexa ver una lógica natural, que es el uso de esta razon. Ni aun los mismos niños están privados de esta facultad; mas porque no tienen sobre que exercitarla, hallándose, ó á lo menos pare-

ciendo que se hallan desproveidos de ideas, de fantasmas, y de máximas, que son materiales necesarios para raciocinar; por tanto decimos que les falta el uso de la razon, hasta que con la edad, y con alguna experiencia del mundo lleguen á conseguirlo.

Esta virtud, y fuerza de raciocinar es la que llamamos especialmente *Razon* quando se trata de las acciones humanas, y de aquello que debe abrazarse, ó se debe huir en nuestras costumbres, perteneciendo á esta razon el gobernarnos, y guiarnos bien en el camino que debemos seguir. Esto supuesto, fácilmente comprendemos algunas verdades muy necesarias para el conocimiento del hombre. La primera es, que la razon, prenda intrínseca nuestra, no la debemos juzgar, ni aprehender como una directora, ó maestra innata en el hombre, de manera que su oficio sea siempre el conocer, ó decidir, quando se le representa algun objeto, si se ha de llamar verdadero, ó falso, bueno, ó malo, hermoso, ó feo, mejor, mas bello, &c. que algun otro objeto. Ciertamente hay algunas acciones humanas, las quales vistas por un niño, ó un hombre criado solo en un bosque, ó en la obscura soledad de una prision, podria decirles luego al punto su misma razon si ellas son buenas, ó desordenadas: como v. g. si viesen que un hombre mataba á otro hombre inocente: que un hijo castigaba fieramente á su padre; ú oyera á alguno que blasfemaba de Dios, y lo maldecia (sabiendo que el mismo Señor nos ha puesto, y mantiene en este mundo): si oyese una fiera calumnia contra un fiel siervo, ó viese quitar por fuerza la hacienda de otros, &c. Lo mismo sucede al oír ciertos axiomas, ó principios infalibles, como sería *que el todo es mayor que una sola parte: que es imposible que una cosa sea, y no sea á un mismo tiempo*; y otras semejantes proposiciones, que al punto se conocen infalibles. Mas por lo regular la razon del hombre necesita de aplicacion, y estudio para distinguir lo bueno de lo malo, y lo que conviene, ó no conviene al hombre mismo.

La razon sin duda es la que nos suministra los hazadones, los picos, y otros instrumentos para cavar el terreno, y descubrir tesoros; pero jamas llegaremos á descubrir estos tesoros, si á los instrumentos que la razon nos franquea, no juntásemos nuestro trabajo, y fatiga. Quiero decir, que para descubrir lo verdadero, y apartarnos de lo falso, discernir entre lo bueno, ó lo que es mejor para nosotros, y lo que es menos bueno, ó mas dañoso, sea para el alma, ó para el cuerpo; para todo esto, repito, se requiere aplicacion, reflexion, y exámen: es lo mismo que decir ser necesaria la diligencia por parte del racionio, ó de la razon misma, combinando las buenas máximas generales para aplicarlas á los particulares. De esta manera podremos descubrir si se debe elegir, ó no este objeto determinado, ó si se debe hacer, ó dexar de hacer esta determinada accion.

§. II.

MAS son muchísimas las veces que nos engañamos en nuestras ilaciones. Se le presenta á un codicioso una excesiva ganancia: Júpiter le ha enviado desde el Cielo esta fortuna. ¡Que bien le parece un provecho tan grande! Toda su consideracion se emplea en las consequencias de este feliz hallazgo, con el qual despues se comprará un puesto, ó una posesion, ó se harán otros negocios mas considerables, y ventajosos. Pero no seria razon el reflexionar un poco, si en aquella ganancia se vulnera la delicada jurisdiccion de la conciencia? ¿si sea propio de un hombre de bien, y de honor el prevalerse tan francamente de la simplicidad, ó necesidad del próximo: si la justicia humana pueda con el tiempo reconocer por injusto este negocio: si manifestándose este contrato, sea contra la reputacion de quien lo ha hecho? No, señor, es superfluo todo racionio, toda reflexion es ociosa, quando se tiene como en la mano tan grande, y provechosa ganancia. Se tendria por

por locura el no echar presto la red para coger un pez tan grande.

De la misma manera rezelo que les falte reflexion á aquella doncella, ó viuda, quando al ver que se les presenta una rubia, y bien peinada peluca con un bizarro vestido galoneado, y que pasea su calle por baxo de sus ventanas un personage tan vistoso, y engalanado, al punto se alarman, y avizoran; y apenas oyen las amorosas ansias, y dulces promesas, quando se derriben, y deshacen para corresponder á su fantástico, y fingido amor; y juzgando finalmente que el tal personage es de casa noble, y que trae consigo un título ilustre, se persuaden al punto que la fortuna se lo ha preparado para ser su marido. Pero como no se valen de su razon para considerar, y reflexionar antes que todo, si aquella nobleza sin substancia (ó pelona como solemos decir) bastará para mantenerla bien, y con decencia por toda su vida, ni si por desgracia baxo aquella bella figura se esconde una alma brutal, y fiera; y juzgando que desposa un marido, encontrarse en él un pródigo, un jugador, un contrabandista de sensualidad, un loco, un quimerista de por vida, ó un hombre con otras semejantes faltas; no hay que maravillar, si á dinero contante, como suele decirse, comprase esta desdichada una penitencia perpetua.

Lo mismo podrá suceder al otro jóven, que habiendo llegado á tener libertad, y á entrar en el gran mundo, al punto hace liga con aquellos compañeros que le parecen de mejor humor, y mas inteligentes en todo género de placer, y libertinage. Verdaderamente merecia mayor reflexion semejante eleccion, de la qual puede depender el éxito feliz, ó la suerte mala por todo el curso de su vida. Un solo dia de una compañía semejante basta para corromper todas las buenas lecciones, y documentos de muchos años. ¿Que mas debemos decir? Cada uno necesita de la prudencia, que es hija de la razon. Esta no se logrará jamas, si el hombre no se acostumbra

á reflexionar, y considerar con pausa las acciones, y las cosas antes de ponerlas por obra, mirando principalmente las conseqüencias. *Respice finem, mira al fin:* esta es una máxima, que por muy antigua tiene la barba blanca, y siémpre será necesaria, y de gran provecho para quien desea obrar como sabio. ¿Pero quantos hay que siempre obran sin pensar en lo que hacen, y por tanto neciamente?

La segunda verdad que debemos considerar es la siguiente. La razon, ó sea la fuerza del entendimiento humano, no es del mismo peso, y calibre en todos. A proporcion del entendimiento, que por beneficio de la naturaleza es en algunos pronto, penetrante, y vigoroso, y en otros endéble, perezoso, y obscuro: es tambien el sugeto mas, ó menos dispuesto para la reflexion, y el racionio. Los dones de Dios son varios en esto; y cierto que no está en nuestra mano el fabricarnos la cabeza como quisiéramos. Segun, y como ha querido el Soberano Artífice fabricar los vasos de nuestra tierra, del mismo modo es preciso que sean; y cada uno de nosotros debe humillarse, y contentarse con su suerte. Quizá se presentarán aquí á nuestra vista escenas curiosas.

Hay algunos, que lo mismo es ponerlos en el camino de las ciencias, que piden una reflexion continua, que perder con ellos el tiempo, y el trabajo, porque no arraigan, ni crecen estas plantas en aquel desgraciado terreno. Haced á estos mismos que pasen á estudiar la Aritmética, que tambien pide una atenta meditacion, y presencia de espíritu; y acaso saldrán con ello. Hay otros, que nosotros llamamos cabezas chicas, á quienes parece que los páxaros han picado los sesos; y con todo no llegará un gran Bachiller literato, ó un sabio de primera clase á igualarlos en la ciencia del juego, en la que á todos ganan, aunque para muchos de ellos se necesite un buen pulso de reflexiones para entender sus lances. Estos mismos lo-
gra-

grarán gran crédito en el negocio mercantil, para el qual se requiere no poca habilidad, y meditacion, y aun excederán en malicia á muchos en otras ocurrencias.

Pero dexando esto aparte, apliquémonos á observar lo que la experiencia misma nos hace ver. Hay personas, las cuales á pie juntillo, como suele decirse, saltan dentro de la canasta, cometiendo grandes despropósitos, dexándose engañar, y arrastrar fácilmente á vicios, y culpas abominables: mas de esto no debemos espantarnos. No se halla en su cabeza aquella fuerza, y vigor que se encuentra en otras, y esta es la causa por la qual se precipitan, porque les falta la consideracion, la reflexion, y prevision. El que se maravilla, ó acaso se rie de las miserables caidas, y ridiculeces de otros, aplaudiendo su propia sabiduría, y prudencia, que le hace creer que es superior á los demas, debería reflexionar, y decir dentro de sí: tambien yo podria haber cometido semejantes excesos, ó acaso peores, despreciando los consejos de la razon, si me hubiera tocado aquella misma cabeza; ó hubiera tenido una educacion semejante, ó una pasion tan vehemente. Gran misericordia de Dios es el que no caigamos cada momento en excesos lastimosos; pues con facilidad podria trastornárenos la cabeza, y cometer mañana aquel mismo error, ó pecado, que hoy felizmente hemos evitado, ó aborrecido.

En quanto á los otros á quienes ha tocado por suerte un despejado, y claro entendimiento, capaz de profundas reflexiones, deberian estos mas que otros conocer la hermosura, honestidad, y utilidad de la virtud para conseguirla, y abrazarla, y de consiguiente concebir un grande aborrecimiento á la fealdad, y peligrosas conseqüencias del vicio; y con todo encontramos tantos que no lo hacen. Poco he dicho. Hállanse muchos entre estos, que por lo mismo que tienen mayor entendimiento, y mas brillante, y delicado ingenio,

ño, exceden á los demas en iniquidades, haciendo servir su mayor talento á todo género de vicios con escandaloso lamentable daño de sus próximos, el qual crece sin duda, quando la que llaman fortuna, ó el dinero, ú otra causa semejante, los hace subir, aunque indignamente, á los mas elevados puestos, y dignidades mas sobresalientes. Sucede esto por lo comun, porque todas sus reflexiones, y pensamientos se dirigen únicamente á juntar riquezas para saciar la sed de su ambicion, ó para satisfacer sus brutales, y desordenados apetitos, que les hacen estar agoviados, y los obligan á vivir como los jumentos con la cabeza siempre inclinada hácia la tierra, sin levantarla jamas hácia el Cielo. ¿Creen estos, acaso, que hay un Dios Todopoderoso, y Justo Juez, que les ha de dar segun sus méritos una justa retribucion?

Sean, pues, que el Legislador Supremo no en vano intimó á todos aquella misteriosa, y expresiva parábola de los talentos: ménos pedirá el Señor á quien ménos ha dado, y mas á quien mas haya recibido. ¿Pues quanto mas rigurosa, y estrecha será la severidad del juicio para con aquellos á quienes el Señor no solamente ha dado mayores talentos, un ingenio sublime, un entendimiento agudo, y penetrante, sin que se hayan aprovechado de tan excelentes dones; ántes bien, abusando de gracias, y beneficios tan singulares, los han empleado malamente, despreciando á su Criador, y á sus divinas leyes; y con pérdida de sus almas propias han arruinado tambien las de sus próximos con sus abominables escándalos, y perversos exemplos? Por lo que mira á aquellos á quienes ha tocado un mediano, ó escaso ingenio, me persuado, y creo, que aun quando hayan pecado, serán tratados con mayor clemencia, y benignidad por aquel Dios, que tiene en su mano el peso mas fiel, en que se balancean justísimamente la fragilidad, y la malicia de los entendimientos, y voluntades humanas.

§. III.

§. III.

CON todo, sea la que se fuese la medida, y porcion de entendimiento, y razon, que Dios haya dado á cada uno de los hombres, con tal que la niñez, la locura, el frenesí, ú otros dañosos accidentes no priven del uso de su razon á los mortales, ninguno de nosotros será excusable para con los demas hombres, y mucho menos para con Dios, siempre que cayésemos en graves pecados, ó nos dexásemos arrastrar de infames vicios. Lo primero, porque el Dios de las misericordias nos ha declarado su voluntad, y sus eternas leyes en su santísima Religion, para que conozcamos claramente, y sepamos distinguir el bien del mal. Culpa nuestra será si cerramos los ojos á tanta luz, que ilumina á los que se hallan en la sombra de la muerte, y en medio de las mas espantosas obscuridades; pero aun será mayor, y mas detestable nuestra culpa, si despreciásemos esta luz tan clara. Debemos considerar ademas de esto, que la razon, ó sea el humano entendimiento, no es acreedor á tantos elogios, ni se debe ensalzar tanto su propia virtud, que en todo, y por todo se juzgue con suficiente vigor para discernir el bien del mal; y especialmente en algunos intrincados lances, en que se mezclan vehementes pasiones.

Por esta causa no se contentan los Filósofos con decirnos solamente que la *Razon* debe dirigir nuestras acciones, sino que añaden, que este oficio pertenece á la *Recta Razon*, esto es, á un racionio sólido, que nada tenga de sofístico, y falso, ó sea á un discurso bien tejido, y de que se deduzcan buenas conseqüencias, apoyadas sobre honestas máximas, que les sirvan de premisas, y que todo sea conducente al buen órden, y á nuestra eterna felicidad, de que hablaremos despues. No obstante todo esto, tampoco conviene desacreditar, ni disminuir la fuerza de la razon en tanto grado, y de tal manera, que pueda servir de excusa á quien obra mal,

mal, juzgando, y pretextando que tal vez no puede, ó no sabe obrar de otro modo; porque el Señor ha dispuesto la razon del hombre de tal manera, que aun el vulgo de los ignorantes llega á conocer, y discernir fácilmente lo que es arreglado, ó desarreglado, lo que es justo, ó injusto en las obligaciones mas esenciales del hombre, y lo que es laudable, ó vituperable en sus acciones.

Cierto es que la jurisdiccion, y poder de nuestro entendimiento es limitado, quando se trata de cosas superiores á nuestra esfera, ó que están metidas en los ocultos senos de la naturaleza, ó de tal modo enredadas entre sí por causa, ó efecto de las circunstancias concurrentes, que la razon no puede decidir las con acierto. Mas por lo que toca á la bondad, ó malicia de las principales acciones del hombre, y á la distincion entre los vicios, y virtudes, tomada en comun, y no comprendiendo aquellas acciones mas particulares de las personas de capacidad, y entendimiento, aunque endeble, con tal que sea sano, y las personas de una edad competente, tiene en sí todo hombre una luz natural, suficientísima para conocer todo aquello que lleva la librea del bien, ó del mal; y esta luz es la que llamamos *Razon*,

La disension entre Teólogos, y Filósofos, que tratan de las costumbres, no estriba sobre lo substancial, sino acerca de las particulares operaciones del hombre, conviniendo todos en confesar, y declarar por virtud lo que es virtud, y por vicio lo que lo es en la realidad. Póngase una persona la mas rústica, é ignorante á confrontar, y comparar á un soberbio, y orgulloso con otro hombre humilde, y modesto: á un engañador embustero, con otro hombre de verdad, que mantiene su palabra, y fé: á un hijo desobediente, é injurioso á sus padres, con otro obsequioso, y obediente á los mismos: si este hombre no fuese totalmente mentecato, conocerá, y responderá al punto, que los pri-
me-

meros merecen todo desprecio, y que son dignos de alabanza, y de imitacion los segundos; y en vista de esto dirá que por el dictámen de su razon él encuentra des concierto, desórden, y deformidad en las acciones de aquellos, armonía, y buen órden en las de estos.

§. IV.

El Lore, sutilísimo Filósofo Ingles, al libro que dió á luz intitulado del entendimiento, ó sea del entendimiento humano, llenó de un finísimo, y delicado veneno, que no todos conocen. Este Filósofo, digo, pretende que el hombre en su entendimiento no tenga algun principio innato, ó sea regla de lo moral. Y verdaderamente puede llamarse antigua la disputa renovada en nuestros dias, y fuertemente agitada, sobre si se dan, ó no en el hombre ideas universales de las cosas impresas por la naturaleza misma. Han creido algunos que sí, y su Capitan fué Platon, el qual enseñó, que practicando nosotros con otros hombres, ó estudiando, y reflexionando sobre las cosas, se van excitando, y reviviendo poco á poco en nuestro entendimiento aquellas ideas, aquellas máximas, y axiomas que no advertiamos, y que estaban escondidas dentro de nosotros mismos. A la manera que no echamos de ver que llevamos el fuego en el pedernal, hasta que hiriéndole con el eslabon, vemos las centellas que salen de él. Llegó este Filósofo Griego á defender, y enseñar, que nuestro aprender, y saber no es otra cosa que acordarse, ó hacer memoria; porque en su dictámen todos los principios, y semillas del saber, y de las ciencias están encerrados en la naturaleza del humano entendimiento.

Aristóteles al contrario, fué de parecer, como lo son otros modernos, que ninguna de estas ideas nace con nosotros, y que todo nos viene, segun lo juzgan, ó de los sentidos, ó de nuestro discurso, ó bien de la relacion, ó racionio, comunicado por otros á nuestro entendi-
mien-

miento, el qual quando el hombre nace no es otra cosa que una tabla rasa, ó un papel blanco en que nada hay pintado, ó escrito; pero que pueden pintarse, y escribirse una infinidad de cosas. Por lo que á mi toca, y sin entrar en esta disputa, para cuyo exámen no bastaría un breve discurso, dire únicamente, que si no es cosa fácil el probar, que se dén en el hombre principios, y conocimientos innatos, por lo menos es cierto que hay en nuestra alma una fuerza, y vigor innato para descubrir las proporciones, las relaciones, las causas, y efectos, la verdad, ó falsedad de infinitas cosas; y este vigor, ó virtud es lo que se llama *Razon*. Con el auxilio de esta facultad, que nos ha dado Dios, podemos descubrir tambien lo que sea bueno, ó malo, y en las acciones humanas justo, ó injusto; y si no con igual facilidad en todas nuestras acciones, á lo menos las mas importantes, y necesarias al hombre.

Por tanto déseme un hombre, que por la primera vez vea que matan á otro hombre inocente, ó que inhumanos asesinos dexan desnudo á un pobre viandante, ó por el contrario vea á un Príncipe, ú otra persona que magnánimamente perdona, y dé libertad al mismo sugeto que habia intentado asesinarle; ó últimamente á un criado, que mas presto elija la muerte, que manchar el tálamo de su amo, y Señor: no hay duda que aquel hombre con sola la luz de la razon natural, y sin saber el por que, reprobará, y juzgará por malas las acciones primeras, reputando por honestas, y buenas las segundas. Del mismo modo apenas habrá oido aquella importantísima regla, y máxima de la Religion Christiana, y juntamente de la humana naturaleza; esto es, *lo que no quieras para tí, no debes querer para los demas*, quando al punto, ó con un fácil movimiento de reflexion, descubrirá su equidad, y verdad.

Loke responde, que estas máximas se aprueban prontamente, no porque se juzguen, y conozcan por obras viciosas, ó virtuosas, sino porque son útiles, y por-

porque nuestro interes propio mira al punto estos principios como necesarios á la conservacion de la humana sociedad, en que tenemos tambien nosotros parte; pues de la observancia de estas reglas sacamos provecho, y de la inobservancia nos podia resultar grave daño. Por esto dice, que la mayor parte de los hombres no repara en si las acciones son conformes, ó contrarias á la voluntad, y á las leyes de Dios, que este es el verdadero modo para conocer lo que llamamos virtud, y vicio.

Pero conviene considerar, que el fin de toda ley, y de toda sociedad no es otro que la misma felicidad: aquella, digo, que es comun á todos los hombres, y como dirémos despues, este es uno de los fines que se propuso Dios en la creacion del hombre, y en la conservacion de la sociedad, y de la especie. Por tanto, todo lo que se opone á esta, se opone tambien á la intencion del mismo Dios, á sus santos fines, á las leyes de la humana naturaleza, y al instituto de la sociedad de los mortales. De aquí se sigue, que todo aquello, que solamente mira, y tiene por término el gusto, y placer de algunos particulares en perjuicio de los demas, que participan de la misma naturaleza, y entran á componer esta sociedad, todo esto, digo, es malo, é injusto; y la transgresion de estas leyes debe llamarse mal moral; porque el bien público es lo que únicamente tienen por objeto, así el mismo Dios, como la razon de que está dotado el hombre; y toda accion que se descubra incompatible con este bien universal, y con la paz de todo el género humano, se declara al punto por contraria, é incompatible con las leyes de la naturaleza, y de consiguiente es injusto, y no debe tolerarse.

Concediendo, pues, Loke que el hombre aprueba la máxima de que hicimos arriba memoria, porque la luz natural le persuade hasta convencerle, que ella es útil, y necesaria á la sociedad humana, debe tambien conceder, que la razon del hombre tiene una fir-

me, y segura regla, manifestada por la luz de la naturaleza misma, con la qual puede descubrir la bondad, ó malicia de muchas acciones, y juzgar de ellas seguramente. El tomar consejo de nuestro particular amor propio en semejantes casos, sería ciertamente tomarlo de un consejero ciego; pero el aconsejarse con el amor universal de todo el género humano, del qual somos parte tambien nosotros, esto sería acertarlo, siendo esta una regla, que se aviene muy bien con aquella noticia natural que ya tenemos de los atributos de Dios, con las leyes de la naturaleza, y tambien con las Divinas Escrituras, que nos enseñan esta bella máxima, para que podamos juzgar con acierto, así de nuestras acciones, como de las de los otros.

Todo aquello que es útil á la república universal de los hombres, es finalmente aquello mismo que llamamos honesto, bien que en quanto honesto debe considerarse, que es Dios su origen, y principio, aunque su efecto, que es lo que llamamos útil, se refunda solamente en los hombres. De lo que llamamos honesto hablarémos mas abaxo. Y si los mas de los hombres no conocen la intrínseca verdad, y justicia de aquel axioma, refiriéndolo á Dios, ó solamente miran en él su propia utilidad; con todo, quando se les pregunte si reconocen, ó no estas acciones por convenientes á la humana sociedad, á la pública felicidad, y por conformes á la intencion del mismo Dios, no podrán menos de reconocerlas, y confesarlas por tales, dexándose ver en ellas al punto su conformidad con las leyes de la naturaleza, las quales tienen finalmente por Autor al mismo Dios.

§. V.

LOke añade, que hay Pueblos en las Indias Orientales, y Occidentales, que quitan la vida á sus mismos padres quando han llegado á cierta edad: que se comen sus propios hijos, y á sus enemigos: que en-

tierrán vivos á los enfermos deshauciados. Y si creemos al mencionado Autor, algunas Naciones de las mas cultas en otro tiempo no escrupulizaban en exponer sus hijos, ó para dexarlos morir de hambre, ó para que fuesen pasto de las fieras mas crueles. No sé que verdad tenga esto; pero sé muy bien, que los exponian con la intencion de que los recogiesen los que podian criarlos, haciéndolos sus siervos, ó esclavos. Ademas de esto, segun dice el mismo Autor, se hallan personas, que sin escrúpulo, y francamente obran contra todas las reglas de la Moral.

Figurémonos, pues, una Ciudad tomada por asalto, donde no se registra otra cosa que muertes de hombres, robos, sacrilegios, estupro, sin que en aquellos soldados rabiosos se descubra algun principio de moral buena, ó algun remordimiento de conciencia. Esto supuesto, se responde ser cosa vergonzosa, que hombres por otra parte grandes intenten desacreditar la razon humana con el exemplo de los bárbaros, y de los hombres perversos. Si aquellos no consultan la razon que Dios les ha dado, ¿que maravilla será que no distingan las acciones malas de las buenas? Tampoco conocen estos tantas verdades evidentes, así de Física, como de Matemática, que son notorias, y claras á las Naciones cultas de la Europa; ¿y por esto hemos de dudar de estas verdades, ó decir que no las descubre la razon? Tienen necesidad aquellos bárbaros, ó de ser bien instruidos, ó de cultivar, y hacer mejor uso de su razon, y entonces no tardarán mucho tiempo en conocer lo mismo que nosotros.

Yo estoy persuadido, que preguntados aquellos bárbaros, si el quitar la vida á un inocente por solo el capricho, y voluntad de otro hombre, sea bueno, ó malo; responderán al punto, que esto es malo, no pudiendo menos de conocer, que si juzgan diversamente, juzgarán contra el bien comun de todos los hombres, en cuyo número entran tambien ellos. Y si exercitan,